

La nefasta provisionalidad

Entre 1979 y 1982 fui propietario provisional, al haber hecho [la oposición](#) y estar a la espera de una plaza para poder entrar en la muy solicitada ciudad de Oviedo.

[...]

Primero estuve en el Colegio Nacional de [San Pedro de los Arcos \(1978-79\)](#), en la capital; el curso siguiente me adjudicaron (luego dijeron que por error) la escuela unitaria mixta de [Palomar \(1979\)](#), en la que prácticamente no llegué a poner los pies; de allí, por decisión de una funcionaria caprichosa, me enviaron a Sama de Langreo, al Colegio Nacional [Gervasio Ramos \(1979-80\)](#), con la promesa de ofrecirme pronto una plaza en Oviedo a la que tenía derecho como consorte de una funcionaria del Ministerio de Educación y Ciencia. Como pasaba el tiempo y la arbitrariedad no se rectificaba, tuve que enfrentarme a la Administración negándome a entrar en clase hasta que se solucionara el asunto, lo que conseguí con mi traslado a la muy vieja pero entrañable escuela del barrio de [El Postigo \(1980\)](#), en Oviedo, donde tuve que hacer de profesor de Educación Física sin serlo; el curso siguiente lo pasé en unos barracones que recibían el pomposo nombre de [El Parque Infantil \(1980-81\)](#), y, finalmente, estuve en [Las Campas \(1981-82\)](#), un alto en las afueras de la ciudad. En resumen: cinco destinos distintos en los cuatro cursos escolares que abarca este periodo; o sea, la provisionalidad más absoluta. Una situación lamentable, profesionalmente hablando. (p. 156)

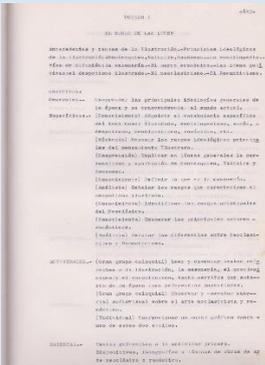
La oposición

[...]

En 1977 los interinos ligados la Asociación de Antiguos Alumnos de Magisterio llevamos a cabo [la acción más contundente](#) que tuvo lugar en Asturias en lo que se refiere al profesorado no numerario. Se trató del boicot a las oposiciones.

[...]

No tuve más remedio que hacer un paréntesis en mi actividad como estudiante de quinto curso de Geografía y plegarme a la penosa, por estéril, tarea de confeccionar [un Programa de Ciencias Sociales](#) para la segunda etapa de la EGB, con el fin de examinarme de él. (p. 157)

<p>La acción más contundente</p>  <p>Bien preparada la acción durante los días anteriores, en el momento de iniciarse el primer ejercicio convocado, un grupo de opositores debíamos impedir la realización de la prueba. (...) cuando los opositores ocupaban ya sus asientos, asaltamos las aulas gritando a favor del boicot y haciendo explotar tracas de petardos que, en el espacio cerrado en el que nos encontrábamos, sonaban como auténticos disparos de ametralladora, lo que de inmediato provocó el pánico. La gente salió despavorida creándose una situación francamente peligrosa., (m) (p. 157)</p>	<p>Un programa de Ciencias Sociales</p>  <p>(...) Entonces no manejaba yo ninguna crítica a este tipo de pedagogía basada en el taylorismo, a la que, sin embargo, años más tarde iba a combatir con todas mis fuerzas. Estaba, como el resto de los docentes, argumentalmente indefenso ante tales planteamientos, teniendo por lo tanto que recurrir a la astucia personal para salvar el sentido común, que se rebelaba contra el despropósito de programar minuto a minuto lo que se iba a hacer en un aula. (...) (p-159)</p>
--	---

Recuerdo el Colegio Nacional de San Pedro de los Arcos como **un lugar agradable**, por el sitio en el que estaba y por la calidad del edificio. Creo que seguía siendo el más joven entre los maestros, no tanto por mi edad (aquel curso abandonaría para siempre la década de los veinte años) como por la de mis compañeros, que, como en el resto de los colegios de la capital, eran **gente mayor**. (p. 160)

[...]

Aparte de esa sensación de agrado, no recordaba muchas más cosas, pero el hallazgo de **tres fotos del aula**, las primeras tomadas en tan reservado recinto, nos permitirán acercarnos por primera vez al interior de una de mis clases. (p. 161)

Un lugar agradable	Gente mayor	Tres fotos del aula
 <p>(...) Cuando enseñé allí, a finales de los setenta, llevaba construido aproximadamente una década, de modo que estaba casi nuevo, por eso lo recuerdo como un lugar agradable, en el que daba gusto entrar cada mañana. Mi casa estaba tan cerca que iba y venía caminando. (p. 161)</p>	 <p>(...) la única manera de entrar en la capital con destino definitivo era la acumulación de puntos, o sea de años, lo que provocaba que gran parte de los maestros de la ciudad fueran gente mayor; y tener más de cincuenta años a finales de los setenta significaba haber ingresado en el cuerpo en tiempos de la dura postguerra. Nada tenían que ver, por tanto, las historias personales y profesionales de mis compañeros y la mía, lo que provocaba un latente recelo mutuo. Yo contaba con la arrogancia de la juventud y ellos con esa autosuficiencia que los años de servicio otorgan a los maestros mayores. (p. 161)</p>	 <p>(...) Las tres fotografías, sin duda hechas para alimentar mi autoestima de profesor innovador, ponen, sin embargo, de manifiesto que el nivel de mi profesionalidad como docente todavía no era muy superior al que tenía como fotógrafo. (p. 163)</p>

Palomar (1979)

Se podría decir que fue aquel **un destino fantasma**, al no existir nombramiento ni toma de posesión ni cese ni trámite alguno donde figure mi nombre.

[...]

Sin embargo, me resisto a borrarla de mi memoria, aunque solo sea porque conservo de ella **un libro y una lupa**, adquiridos al día siguiente de conocer aquella escuelita, que constituyen una interesante pista acerca de quién era yo pedagógicamente hablando.

Un destino fantasma	Un libro y una lupa
 <p>(...) Existe el pueblo y existe también la entrañable escuelita, bien conservada gracias a su función como sede de colegio electoral, servicio que la democracia le ha reconocido dotándola con portería de PVC, que le viene como a los viejos la dentadura postiza, o sea, útil, pero que no es la suya. (p. 164)</p>	 <p>(...) me compré un libro (Guía práctica ilustrada para los amantes de la naturaleza). Luego me dirigí a la óptica Navarro y compré una lupa. (p. 165)</p>

Gervasio Ramos (1979-80)

[...]

Con excelente disposición, el director buscó y apareció el **Acta n.º 31**, del 20 de octubre de 1979. En ella queda constancia, a la manera en que estas cosas suelen hacerse en los centros, es decir, sin excesivos detalles, del conflicto allí planteado por mi enfrentamiento con la Delegación Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia, durante el cual abandoné el aula para

encerrarme durante varios días [en la biblioteca](#). Lo mío, en esta mi segunda estancia en Sama, no fue un episodio de enseñanza sino de lucha en solitario contra lo que consideraba una arbitrariedad, un capricho, una injusticia.

<p style="text-align: center;">Acta n.º 31</p>  <p>(...)El mismo día que llegué ya advertí que si no se corregía el desajuste de enviarme allí, tomaría medidas reclamando el derecho que tenía a un destino como propietario provisional en la ciudad de Oviedo. (m) (p. 167)</p>	<p style="text-align: center;">En la biblioteca</p>  <p>(...) En los estantes de la biblioteca en la que llevaba a cabo mi protesta, estaba la colección completa de Vida Escolar, una revista que nunca me había interesado mucho, sin embargo, durante los días que duró el encierro con el que presioné a la Administración regional para que solucionara el problema planteado con la incorrecta asignación de aquel destino, fui buscando en dicha publicación todo lo que hubiera en sus páginas sobre la enseñanza de la geografía, (...) (p. 168)</p>
--	--

El Postigo (1980)

[...]

El colegio estaba justo detrás de la Facultad de Geografía e Historia, al otro lado de [la muralla medieval](#).

Era un colegio que albergaba tanto pasado en sus piedras como en algunas de sus prácticas pedagógicas. Mientras que nada objeté a lo primero, es más, me sentí bien allí dentro, con lo segundo volví a tener [algunos desencuentros](#).

[...]

[un chándal](#). Cuando me vestí con él y salí al patio, lo hice tan bien, a juicio de mis alumnas, que al despedirnos me entregaron [una copa](#) que guardo como el primer y único trofeo que he conquistado en mi vida, predominantemente sedentaria. (p. 168)

<p style="text-align: center;">La muralla</p>  <p>(...) Además de las piedras, formaban parte de ella las invisibles culturas institucionales de la universidad y de la escuela, de modo que no solamente separaba la ciudad protegida del arrabal extramuros, sino también el conocimiento académico universitario y los quehaceres de la escuela. (...) (p. 169)</p>	<p style="text-align: center;">Algunos desencuentros</p>  <p>(...) La presencia del catolicismo en las aulas de la escuela pública se mostró mucho más resistente a su desaparición que el propio franquismo político. Dos veces choqué allí con la Iglesia, aunque en honor a la verdad, y también a la directora y al inspector, he de decir que salí ileso de ambos lances. (...) (p. 170)</p>	<p style="text-align: center;">Un chándal</p>  <p>(...)A veces vestía el chándal mientras estudiaba. Esa era toda la relación que había entonces entre mis dos mundos: el de la escuela y el de la universidad. (...) (p. 171)</p>	<p style="text-align: center;">Una copa</p>  <p>(...) Hacía las cosas a mi manera y me salían razonablemente bien. Con escasa profesionalidad, pero, eso sí, con total entrega. Creo que eso fue lo que premiaron mis alumnas de 8.º cuando al despedirme me entregaron la copa en cuya peana hicieron grabar: "A D. JOSE MARIA ALUMNAS DE 8º CURSO 79-80 EL POSTIGO". (p. 172)</p>
--	---	---	---

El Parque Infantil (1980-81)

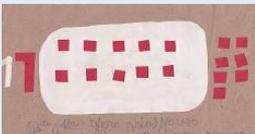
Durante el curso 1980-81 estuve en el Colegio Nacional Parque Infantil, en Oviedo, que no ocupaba propiamente un edificio sino unos [barracones prefabricados](#).

[...]

Algunas [fichas y páginas](#) de matemáticas y de lengua, que he podido recuperar, constituyen los únicos vestigios materiales de lo que fue mi práctica concreta en el aula. También guardo [un par de test](#)

[...]

el recuerdo que permanecerá para siempre ligado a aquella escuela es el de la jornada del **24 de febrero** de 1981

<p>Barracones prefabricados</p>  <p>(...) Eran una respuesta provisional a la demanda de escolarización derivada del rápido crecimiento de algunas zonas de la ciudad. (...) (p. 173)</p>	<p>Fichas y páginas</p>  <p>(...) Entre las primeras estaba este precioso 17, que bien podría ser un cuadro, un mosaico racionalmente organizado, como pretende serlo esta autobiografía. Contemplándolo, recordé que enseñaba, en parte, imitando a mis maestros, pero también, en cierto modo, contra su recuerdo, al recrearme en aquellos ejercicios que ellos nunca me pusieron. [...] Pero innovar, en mi caso era todavía poco más que hacer cosas nuevas, distintas a las que yo había hecho en la escuela, pero sin garantía alguna de que supusieran realmente un progreso. (p. 174)</p>	<p>Un par de test</p>  <p>(...) Veía en ellos dos instrumentos para proceder con mayor profesionalidad en mi trabajo. [...] Años más tarde, con muchas horas de estudio y reflexión a mis espaldas, yo mismo abanderaría la crítica a cualquier reduccionismo científico-técnico de la enseñanza. (p. 176)</p>	<p>24 de febrero</p>  <p>El 24 de febrero de 1981 no fue un día de clase cualquiera. Para algunos, quiero decir, porque, ciertamente, para otros sí que fue un día más. Y es que hubo quien no se jugó nada aquel día. En mi colegio eran casi todos. Sus bromas en las fechas posteriores dejaban claro que, de haber triunfado el golpe de estado, la nueva dictadura habría contado con maestros dispuestos a echar una mano en las aulas para regresar al pasado. (...) (p. 176)</p>
---	--	---	--

Las Campas (1981-82)

[...]

El colegio era **excelente en algunos aspectos**, no en todos, al menos para mí, que, lamentablemente, he tenido siempre una relación conflictiva con él, lo cual parece imponerse por encima de mi voluntad, como si de **una fatalidad** se tratase.

[...]

Se creó así **un aula a modo de ganglio** del sistema linfático del colegio.

[...]

Como tenía carta blanca, hasta llegué a establecer algunas relaciones con **la “nueva geografía”**, de cuya didáctica me ocupaba en la facultad. (p. 177)

<p>Excelente en algunos aspectos</p>  <p>Arquitectónicamente el colegio era y sigue siendo perfecto: emplazado en una zona alta y soleada del extrarradio de la ciudad, [...] En lo que se refiere al factor humano, en la cumbre estaba la cocinera, Leontina, que, además de excelente persona, podría haber situado el comedor escolar en la Guía Michelin, de haberse ofrecido al público sus guisos. La seguían en excelencia algunos colegas. Matías, que fue con el que tuve mayor sintonía, de vez en cuando me apoyaba, y no pocas veces reíamos juntos (para no llorar) ante las cosas que allí pasaban. (...) (p. 178)</p>	<p>Una fatalidad</p>  <p>Algo tiene este colegio que, por un lado, siempre me gustó, pero, por otro, nunca he podido disfrutar de él sin verme abocado al enfrentamiento. (...) (p. 179)</p>	<p>Un aula a modo de ganglio</p>  <p>(...) El último en llegar, el que era provisional, iba a ser el encargado de lo que, en principio, se presentaba como la tarea más delicada. Era lo habitual en los centros. En realidad, el aula era una manera de deshacerse de los alumnos que, por la razón que fuera, se alejaban más de ese ideal de la cómoda uniformidad con el que tantos docentes sueñan: que los alumnos del grupo tengan el mismo nivel, que aprendan sin dificultades y que sean disciplinados. (...) (p. 181)</p>	<p>La “nueva geografía”</p>  <p>Entre las cosas que enseñaba en la facultad y en el Instituto de Ciencias de la Educación, como parte del programa de la asignatura Didáctica de la Geografía, estaban las ideas y los materiales concebidos para renovar la enseñanza de la materia desde sus diferentes enfoques. [...] Sin embargo, en aquellos años todavía no era capaz de definir el espacio entre ambos mundos como el territorio profesional propio de los docentes interesados en enseñar y al mismo tiempo continuar formándose. Faltaba muy poco para que comenzara a esbozarla, pero esta idea, que sería medular en mi futura vida profesional, estaba entonces todavía madurándose. (p. 183)</p>
---	--	---	--